Las artesanas de Chiloé son herederas de una tradición textil que se remonta a tiempos prehispánicos y se mantiene hasta la actualidad. Desde **pequeñas**, son socializadas en el arte del hilado y el tejido. Gloria, tejendera de Petanes Alto, señala: «Mi mamá tejía, se aprende mirando, yo tejía en el telar de mi madre» (en Museo Regional de Ancud 2007, s.i).

Una vez al año, los hombres de Chiloé esquilan a las **ovejas** y obtienen entre dos y tres kilos de lana de cada una. El **vellón** más corto de la espalda se utiliza para confeccionar colchones, mientras que el más largo se reserva para elaborar los tejidos (Weisner 2003). Las mujeres escarmenan y cardan este vellón, lo tiñen, arman los ovillos, y tejen con él en el *quelgo*.

Tradicionalmente, el **telar chilote** medía tres metros de largo y se encontraba en el interior de los **hogares**, pero con la reducción del tamaño de las casas, actualmente, son pocas las tejenderas que tienen un espacio para él en sus viviendas (Loayza 2016a, 4-5). Según las artesanas, el ***quelgo*** presenta ventajas sobre otro tipo de telares, pues permite confeccionar **piezas de gran tamaño** como ponchos, frazadas y sabanillas de una textura gruesa que protege de la lluvia y el frío (Weisner 2003).

Las **niñas** observan a las **mujeres con más experiencia** y colaboran en la confección de accesorios para los tejidos, el manejo y teñido de la lana, y, posteriormente, realizan otras tareas y aprenden a tejer en el *quelgo*. Elisa Vargas, tejendera de Curaco de Vélez precisa al respecto:

«Partí mirando a mi mamá, ella era muy tejendera. Le hacía a los canastos también, por eso le salimos artistas los hijos […]. Yo soy la tercera, la mayor de las mujeres, y todas sabemos tejer bien y nos dedicamos a las alfombras, los choapinos y los chalecos; una de mis hermanas eso sí hace puros gorros […]. Yo le ayudaba al principio a mi mamá con los flecos de los choapinos, y a mi abuela también le ayudaba» (en Darraidou 2014, 354).

Al comparar esta forma de **aprendizaje** con la de **otros contextos**, es posible identificar prácticas comunes de **socialización**. Investigaciones antropológicas para el caso mapuche señalan que las tejenderas también aprenden el oficio observando a sus madres, abuelas y hermanas mayores, o gracias a una maestra que les enseña (Willson 1992).

De acuerdo con las investigadoras Javiera Naranjo y Catalina Mekis las tejenderas de la **Patagonia** —que es parte del área de influencia de la tradición textil del archipiélago de Chiloé (Loayza 2016)—, reportan los mismos mecanismos de aprendizaje:

«Entre mate y mate las artesanas cuentan sus historias. Todas nacieron entre las lanas, sus madres y abuelas fueron las encargadas de transmitirles el conocimiento. Recuerdan que se pasaban el día hilando o tejiendo frente a ellas y, sólo mirando, de manera espontánea —casi como si viniera en su memoria genética—, las pequeñas niñas iban aprendiendo y entendiendo el oficio que las acompañaría de por vida» (2011, 30).

Las mujeres interiorizan los **movimientos corporales** de las tejenderas con más experiencia, que incluyen gestos, posturas y ritmos inseparables de la vida cotidiana y el **paso del tiempo**. Cuando son jóvenes, realizan todas las tareas asociadas con el tejido, pero, a medida que envejecen, algunas prefieren comprar lana ya hilada para facilitar el trabajo y disminuir el tiempo de producción.

La **posición horizontal** en que se utiliza el *quelgo* o telar chilote requiere que las mujeres tejan agachadas. Esto, sumado a los **movimientos específicos** que repiten durante la jornada laboral, deteriora su columna y articulaciones provocándoles **dolores intensos** en la vejez. Aun así, estas mujeres continúan trabajando: «Yo de tejer no voy a parar en todo caso, por mucho que me diga el doctor. Si uno deja de trabajar se enferma más. ¿Qué me voy a quedar haciendo?, ¿mirando el

infinito?» (Vargas en Darraidou 2014, 357).

Como el tejido requiere una inversión considerable de tiempo, las artesanas deben sobrellevar una **doble jornada** laboral. Las mujeres chilotas conjugan la confección textil con **otras actividades**, como las faenas de siembra y cosecha, el cuidado familiar, la búsqueda y preparación de alimentos, y las ventas en los mercados (León 2015, 55).

Estas **dificultades** hacen que, muchas veces, no cuenten con **productos** suficientes para asistir regularmente a las ferias u otros **espacios de venta**. La confección de un tejido pequeño puede demorar entre dos y tres días, y los más grande, requerir meses.

Sin embargo, las **tejenderas de Chiloé** siguen ofreciendo sus productos en las **ferias artesanales**, donde históricamente han circulado sus trabajos. Entre estas destacan las de Ancud, Castro, Quemchi, Achao, Chonchi, Quellón, Dalcahue y Queilen. Una de las más consolidadas es la **feria de Dalcahue**, donde pueden encontrarse pisos, frazadas, sabanillas y otras confecciones. También destaca la **feria de Quinchao**, en la que hay prendas más estilizadas, cuya demanda aumentó debido a la llegada masiva de jóvenes de otras ciudades (Miranda Rupailaf 2006).

